

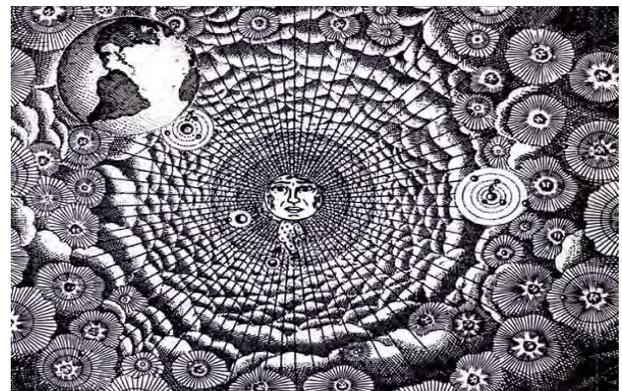
## TRUCOS DE OCCIDENTE. ACERCA DE LOS DISCURSOS MODERNOS SOBRE "HOMBRE" Y "MUJER"... POSICIÓN, SUPOSICIÓN, DE-POSICIÓN DE UN SABER

**Iván Rodrigo González Loyola Pérez**  
Escuela de Psicología UMSNH  
ivangloyola@yahoo.com.mx

■xiste algo lleno de simplicidad en lo cotidiano de nuestras vidas, y es que cuando asistimos a alguna oficina gubernamental, institución o ingresamos a un colegio o escuela nos topamos de frente con un cuestionario, en muchos casos "sólo un requisito": nombre, edad, dirección, teléfono, ocupación, sexo..., y entonces por nuestro pensamiento no pasa nada, porque uno se apresura a escribir, o en el mejor de los casos a tachar el espacio correspondiente a la H ó la M automáticamente, a partir de eso que a todos nos han enseñado, la identidad sexual que otorgan los genitales a nosotros mismos. Y digo que se convierte en algo maravillosamente sencillo porque ese formulario tiene un truco, nos ahorra el planteamiento de una disyuntiva: ¿soy hombre?, ¿soy mujer?, o, ¿qué soy? Qué tal si en vez de destinar únicamente dos espacios al "sexo", a ese reactivo por contestar, le añadiéramos otro, un espacio diciendo "homosexual". Esto ya de por sí representa un problema técnico, puesto que no sabríamos si se trata de una mujer lesbiana o un hombre gay, como se les conoce en el lenguaje popular. Además, entendamos por el momento los términos "hombre" y "mujer" en el sentido de tener un pene o una vagina respectivamente, pues hay que partir de la familiaridad de los conceptos. Entonces este tercer elemento no resolvería una cuestión por aclarar, la especificidad de la identidad sexual. Partámoslo entonces en dos, uno HH (homosexual hombre) y otro HM (homosexual mujer). Hasta aquí todo parece justo, ¡hemos dado su lugar a los homosexuales! Pero sigue algo sin esclarecerse, ¿qué hay de la persona que se acuesta con mujeres y también lo hace con hombres (sin importar su sexo, claro)?, ¿en dónde tacharía ese 'desafortunado' hombre, o mujer? Quizás no reconozca sus gustos por la sodomía o el cunninlingus y sin ningún recelo se aventure a tachar la H ó la M respectivamente, so pena de renunciar "por un momento" a sus placeres, ¡al reconocimiento de sus placeres! Entonces podríamos agregar un quinto elemento, la bisexualidad quedaría bien aquí, ¿cierto? Por supuesto que esto no resolvería el problema de la identidad sexual porque

aún cuando hubiera 15, 20 ó 100 casillitas donde poder tachar, siempre habría, y lo hay, nuevas formas de buscar el placer con nuestro sexo o sin él. Hay dos puntos cuyo interés de nombrarlos es motivo del tema que se está desplegando y también lo es reflexionar sobre ellos. El primero está referido a la inconsistencia de los conceptos "hombre" y "mujer", en tanto que no abarcan, mucho menos resuelven una cuestión: la diversidad del goce en sus manifestaciones. Bien, algunos pueden opinar que existen varias formas de disfrutar nuestra "sexualidad" y esto se puede lograr haciendo volar la imaginación hacia aquellos lugares fantásticos, incluso líricos, nada o poco diferentes de la propuesta cinematográfica estadounidense, donde los principales exponentes del placer son la cogida llevada a cabo en un ambiente de poder, dinero y glamour, pero donde queda incuestionable el papel que deben jugar los personajes respecto de una identidad sexual directamente relacionada con los genitales que la otorgan.

Segundo, de algo no hay duda, elegir es renunciar, hoy día si yo me erijo como hombre es porque renuncié a ser mujer, pero lo que no elegimos es haber nacido con genitales de macho o de hembra, entonces, ¿por qué renunciar a algo que no se ha elegido? Esa es la trampa que nos tiende la "sexualidad" cuando hablamos de ella, cuando



«Mellon collie and the infinite sadness»  
The Smashing Pumpkins



ponemos a girar ese discurso en aras de conceptualizar las conductas humanas contribuyendo a un supuesto avance de las ciencias en el terreno de lo social, peor aún, del conocimiento humano. La consecuencia se vive después y es la angustia misma que produce el haber coartado algo de nosotros mismos en el terreno del placer, algo que va más allá de la "sexualidad" y a su tiempo ve por el deseo, aquel verdaderamente irrenunciable.

### **La apropiación de los conceptos "masculino" y "femenino". Elementos unidireccionales de la "sexualidad"**

Cuando una o varias palabras son entrecomilladas en un escrito se debe a razones muy específicas, una de ellas es otorgarles la fuerza de la titularidad. La "sexualidad" ha recibido esa cualidad en el momento que plantea un discurso convocando al sexo como elemento constitutivo pero aislado del cuerpo humano. Constitutivo porque los órganos se encuentran pegados al cuerpo, pero a su vez porque a los padres, primeros agentes socializantes o instigadores de ese discurso, les va a indicar cómo tratar ese cuerpo. Luego, aislado en función del nivel al cual es elevado el sexo dentro de cierta cultura como elemento central y normativo, que restringe las capacidades y posibilidades de explotación y explotación de placer para darnos así la noción de "sexualidad" como concepto discursivo.

En la introducción de *Before Sexuality* encontramos que "sexualidad" se define por la interpretación cultural de las zonas erógenas del cuerpo humano y sus capacidades sexuales. Ahí mismo el citado por Halperin (1990), Jeffrey Henderson indica que: "lo ocurrido con los dos sexos en todas las sociedades es un asunto de la biología. La sexualidad es, de cualquier forma, un asunto cultural. Sexualidad es un conjunto de reacciones, interpretaciones, definiciones, prohibiciones y normas que son creadas y mantenidas por determinada cultura en respuesta al fenómeno de los dos sexos biológicos. Las normas, prácticas y muchas definiciones que giran alrededor de la actividad sexual han variado significativamente de cultura a cultura" [La traducción es nuestra] (p. 3).

Entonces, tenemos que el sexo según las formas de interpretación a que es sometido culturalmente, queda secuestrado por una respuesta proveniente de las instituciones políticas de cierta sociedad que crean un consenso directriz de los mecanismos mediante los cuales se puede o no vehicular el goce. La consecuencia está en esas formas consensuadas por mayoría en una sociedad y que se elevan al nivel de una verdad. Ahora bien, el inconveniente de plantear verdades origina

suposiciones falsas en tanto muchas veces se piensa que las prácticas sociales que rigen nuestro presente siempre han existido, o peor aún, que quien no las compartió estuvo en el error.

A este nivel ha llegado la "sexualidad" como discurso ideológico, estructurante de subjetividades identificables sólo por un prefijo: hetero, homo, y con menos intensidad hoy, la bi-sexualidad. Así se ha creado una verdad sobre el mundo, un paradigma que nos habla de lo que es ser hombre, de lo que es ser mujer, planteando un modelo ideal de vida cristiana en pareja que estrujó a conveniencia propia un elemento básico de griegos y romanos de la antigüedad, el dominio o la posesión de otro cuerpo cuya búsqueda es el placer y por otro lado la sumisión obediente del dominado a su amo. Dicho abuso consistió en la interpretación unidireccional del cuerpo humano respecto de su fisonomía, donde el recto quedó vetado y desterrado del campo de los placeres para condecorar a la maternidad. Si bien desde el punto de vista práctico la situación de la mujer cristiana en relación con las esposas griegas o las matronas romanas no se transformó en gran medida (el matrimonio romano era una *societas*, una asociación de procreación), puesto que estoicos y cristianos continuarán promoviendo el reduccionismo del acto sexual a la procreación, la situación del varón sí va a cambiar con la llegada del cristianismo, pues como afirma P. Quignard (2000), hay una "transformación de las castitas propia de las matronas romanas republicanas en continencia masculina de los anacoretas cristianos" (p. 183). Es decir: para sustentar la certeza de un legítimo linaje, que ahora el varón se guarde de la tentación.

Por otro lado, el estatuto de la dominación pasa casi incuestionable. Quignard citado por Allouch (1999), señala que a partir del modelo sexual que los romanos heredaron de los griegos, la *dominatio* del dominus sobre todo lo que es otro, viene a precipitarse sobre el modelo monogámico de la familia cristiana y dar al varón el poder de su posición de penetrador que la relación sexual sugiere. Es entonces cuando "masculinidad" y "femineidad" quedarán respectiva e indefectiblemente adheridos a los conceptos y los discursos de "hombre" y "mujer" (p. 54). He aquí el estrujamiento de las palabras y la treta de la "sexualidad", porque ya no se iba a permitir que un hombre (pretendidamente disgregado del placer) deseara practicar la sodomía y la "irrumación", mucho menos disponerse como objeto de dichas prácticas. La búsqueda de placer no quedó ni siquiera ceñida al encuentro con la esposa, la procreación con ella sería la única finalidad. El sexo por placer se diluyó entonces en la moral estoica.



Es importante ahora plantear lo que para griegos y romanos representó la "masculinidad" y la "femineidad". Ambos conceptos se relacionaron exclusivamente con el ejercicio de determinado rol en los actos sexuales. "Masculinidad" se refería a ocupar un papel activo en la penetración sexual y "femineidad" estaba relacionada con la pasividad en el mismo acto, esto sin importar que quien desempeñara el papel femenino en la relación fuera un varón. Halperin citado por Allouch (Ibidem), nos comenta que "el penetrador es activo y jerárquicamente superior, el receptor es pasivo y sumiso. Esta polaridad penetración-actividad-dominación por un lado, y por el otro penetrado-pasividad-sumisión remite respectivamente a la masculinidad y a la femineidad" (p. 111). J. Winkler (1994) por su parte menciona la existencia de una oposición entre macho viril y macho afeminado, estableciendo un vínculo entre Katapugon y femineidad. El Katapugon o kinaidos, como le llamaron los griegos, "es el hombre que desea perder, que, escribe Winkler, desea simple y llanamente ser poseído a fondo" (p. 53).

Si algo caracterizó a los griegos y romanos fue su estructura social basada en un orden jerárquico, donde el varón ocupó un lugar privilegiado siempre y cuando haya nacido como hombre libre. Por lo demás, esclavos y mujeres ocuparon una posición inferior y de dominación. Foucault (1991) comenta que: "la ética griega estaba ligada a una sociedad puramente viril en la que tenían un espacio los esclavos, una sociedad en la que las mujeres eran seres relativamente inferiores en la vida sexual; si estaban casadas, debían estar orientadas hacia su estatuto de esposas" (p. 186).

Quignard hace referencia a la obligación que los esclavos, sin importar su sexo, debían a su amo. Era el obsequium y consistía en que el esclavo cumpliera con su disposición a la *pedicare* (sodomizar el ano), e *irrumare* (sodomizar la boca). Así, este último, no obstante fuera hombre o mujer, era femenino (Ibidem, p. 22).

Con los hombres libres existieron algunas diferencias entre griegos y romanos. En Grecia hasta cierta edad eran femeninos, en Roma nunca debían serlo. Señala Quignard (Ibidem) que: "La prohibición de la pasividad (de la impudicia) concernía en Roma a todos los hombres libres cualquiera fuese su edad. En Grecia esa prohibición afectaba a los hombres libres desde el momento en que les había crecido la barba (mientras que todos habían sido pasivos, es decir, femeninos, cuando imberbes). Un hombre es llamado púdico en Roma en tanto que no ha sido sodomizado (en tanto que es activo). La pudicitia es una virtud de hombre libre. Sin embargo, esto no implica que en Roma

no hubieran existido los hombres femeninos, al Katapugon en Roma se le llamó *cinaedus*. La pasividad del liberto era un servicio que tenía el deber de hacerle a su patrón" (p. 15). Pero si la prohibición capital para griegos y romanos era la pasividad del amo, esto nos habla de que se practicó. El amo, el hombre libre cayó en la tentación del placer prohibido, porque si bien se aceptaban las relaciones entre hombres, ese no era el tema de discusión, lo era quién debía gozar. Para el sodomizado quedó prohibido disfrutar de la penetración -el Katapugon lo hacía, de ahí el apelativo; y era señalado por ello-, no así el hombre activo.

Eso que hoy sólo podríamos entender como un doble juego, el de "masculinidad" y "femineidad", para los antiguos romanos fue únicamente la regla de jerarquías. Por así llamarlo, un modelo de sexualidad donde se alojó lo que ahora son dos géneros más o menos identificables por la conducta heterosexual, y a los cuales les sigue el indisoluble fantasma de un tercero negado.

Ese obsequium del que nos habla Quignard (Ibidem), nos dice él, "[...] poco a poco pasó a ser el respeto debido al príncipe por el ciudadano. Esa fue la mayor mutación del Imperio que preparó el cristianismo: la extensión del respeto estatutario, de la piedad que el *Populus Romanus* empezó a deberle al *Genius* del príncipe, la funcionalización de la libertad convertida en obsequiosa para todas las clases y para todos los estatutos [...] y el nacimiento de la culpabilidad (que no es más que la organización psíquica del obsequium)" (p. 22-23). Es así como la abolición de la República en Roma y el surgimiento del Imperio produce el volcamiento de sus hombres en serviles. No sólo podrán ejercer la *dominatio*, también se vuelven susceptibles de ella. El Katapugon y la prohibición se desbordaron.

#### Los tropos y el surgimiento de un discurso

Las condiciones bajo las cuales el Imperio Romano adoptó la religión católica como oficial, convocaron a los sujetos a reposicionar su modelo de vida, y si algo vino a promover el cristianismo fue un discurso estoico, donde la abstinencia sexual ya no pertenecerá exclusivamente a las clases cultas y refinadas de la sociedad. Así se pretendía que el vulgo también acogiera dichas prácticas. Los filósofos griegos ya las habían planteado. Foucault (Ibidem) comenta que: "En la sociedad griega, la austeridad sexual era una corriente de pensamiento, un movimiento filosófico que emanaba de gentes cultivadas que querían dotar a su vida de una gran belleza e intensidad. [...] Para ellos la gran diferencia en la ética sexual no se establecía entre los que prefieren a las mujeres o

a los jóvenes, o los que hacen el amor de esta u otra forma. Era una cuestión de cantidad, de actividad y de pasividad: ¿eres esclavo de tus deseos o maestro de ellos?" (p. 190).

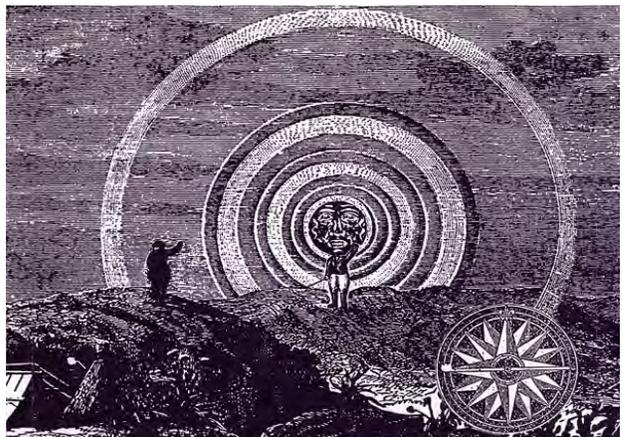
Sin embargo, y es importante señalarlo, la "sexualidad" es una producción únicamente moderna, los griegos nunca tuvieron una concepción sobre ella del modo que hoy se plantea y la podemos entender. Tal y como afirma D. Halperin (2000), la "sexualidad" tiene una historia, aunque no demasiado larga (p. 21), y el tema de debate que abandera cuando comienza a gestarse como discurso moral y que toma fuerza a finales del siglo XIX, con la aparición de la palabra "homosexualidad" en 1869 y la palabra "heterosexualidad" en 1890, está relacionado con la posesión de los cuerpos y una filosofía de género, tendiente a regular desde un discurso ya no únicamente religioso, ahora también científico -con anterioridad fue la medicina, después algunos psicoanalistas y hoy la sexología-, la ética del sujeto y su posición respecto de la búsqueda del placer. ¿Quién debe poseer a quien? ¿Hacia qué lugares se extiende el dominio fuera del cuerpo? ¿Cómo deben ser esas prácticas de posesión y con qué fin? ¿Cómo interpretar e integrar positiva o negativamente prácticas no vinculadas con la norma sexual?

Si abordamos la cuestión de la "sexualidad" desde un ámbito discursivo, nos vemos comprometidos a integrar un elemento subyacente a la naturaleza del mismo discurso, sea cual sea aquello que se relaciona con su transformación y generación de otros más. Si su funcionalidad radica en crear posiciones, éstas tienen una historia, un origen muchas veces velado o pretendidamente destruido en función de los ejercicios del poder. Foucault (Ibidem) planteó "[...] que no existen, por una parte discursos inertes, ya medio muertos, y, por otro, un sujeto todo-poderoso que los manipula, los invierte, los renueva; sino más bien que los sujetos parlantes forman parte del campo discursivo -tienen en él una posición (y sus posibilidades de desplazamiento), y una función (y sus posibilidades de mutación funcional)-. El discurso no es el lugar de irrupción de la subjetividad pura, es un espacio de posiciones, de funcionamientos diferenciados para los sujetos" (p. 192). Es en este sentido como la "sexualidad" bajo estrategias de clasificación ha lanzado su moral. La identidad de género vendría a representar esos espacios donde se reproduce un código con reglas de acción que sostiene la existencia del "hombre" y de la "mujer" -¿Qué se dice acerca de los homosexuales? Que ellos tienen "falta de identidad"-.

Foucault (1999) en su segundo volumen de *Historia de la sexualidad* nos comenta que la "sexuali-

dad" plantea una moral, y que por ésta entendemos un conjunto de valores y reglas para los individuos y los grupos propuestos a través de instituciones como la familia, la iglesia o la educación formal (p. 26). En este sentido, y tomando en cuenta la condición del sujeto parlante per se, la pregunta es, ¿cómo él integra un discurso sobre "sexualidad" apoyado en gran parte por dos categorías indisolubles, pero abismalmente separadas en la actualidad: "masculinidad" y "femineidad"?, que, como he mencionado antes, se encuentran unidireccionalmente asociadas a las categorías de "hombre" y "mujer" respectivamente.

Para intentar responder esta cuestión es menester recordar algunas reglas morales, quizá las más importantes, que ha promovido el cristianismo. El acto sexual tiene como único fin la procreación, y el matrimonio es la única vía para aceptar dicho encuentro, las relaciones sexuales entre individuos del mismo sexo son reprobadas. La fidelidad conyugal, la virginidad e incluso la abstinencia rigurosa son valores exaltados y conductas deseables. En cuanto al matrimonio debe ser monógamo, pero un aspecto demasiado importante es indicar puntualmente el rol del "hombre" y el de la "mujer" al interior de esta institución. No hagamos más que pensar en las prescripciones del acto sexual que la iglesia católica sugiere; quizá lo más recurrente sean posturas nada interesantes para la mujer que quisiera ser activa en la relación. Esto sin mencionar el conjunto de tareas y obligaciones que los esposos se deben mutuamente. Ahora bien, si hablamos de un sujeto parlante estamos considerando que dicho sujeto tiene la posibilidad de asimilar ciertas categorías al interior de un discurso, identificarse con una de ellas y moviéndose en el campo del lenguaje, hacer una interpretación de su posición y ejercerla en forma peculiar, lo que a decir de Foucault sería la "moralidad de los comportamientos".



«Mellon collie and the infinite sadness»  
The Smashing Pumpkins

Pero en la "sexualidad" hay un truco cuyo carácter es jugar una posición que mejor dicho sería la su-posición de algo referido al sexo, eso que los romanos nombraron fascinus (falo) y su consecuencia: la fascinación, el deseo. Si bien ellos hicieron una diferencia entre la mentula (pene flácido) y el fascinus es porque de entrada el decaimiento del falo evidencia la susceptibilidad del poder y el miedo subsecuente. Quignard (Ibidem) menciona: "Un hombre (homo) no es un hombre (vir) sino cuando está en erección" (p. 44). Y cierto es que "el fascinus desaparece dentro de la vulva y resurge como mentula" (p. 48). En este caso esa acción de su-poner, por ejemplo, la felicidad prometida del matrimonio y los hijos -valores del cristianismo-, equivaldría a llenar ese agujero del sexo en cuanto que no se puede nombrar aquello que atrapa nuestra mirada. Dice Quignard (Ibidem): "*La fascinación es la percepción del ángulo muerto del lenguaje. Y es el motivo de que esa mirada sea siempre lateral*" [El subrayado es nuestro] (p. 8).

Entonces, esa su-posición estaría destinada a esconder una posición, en el caso del "hombre" de impotencia y desabasto de poder, y en el caso de la mujer negarse un poder que tiene sobre el falo en tanto lo transforma en mentula. ¿Y qué no es esa la no-reciprocidad que Platón planteó a propósito de las relaciones sexuales cuando las diferenció de la amistad?, pues ésta nos dice Foucault (1991) "[...] es recíproca, cosa que no ocurre con las relaciones sexuales: en las relaciones sexuales se es activo o pasivo, se penetra o se es penetrado" (p. 187). Pero más allá de la penetración, en la cogida circula ese significante, el falo, del que se goza y al mismo tiempo del que se tiene un poder que deslumbra para luego desvanecerse, puesto que si el "hombre" ha perdido el dominio sobre su miembro viril evidentemente pierde el dominio de sí y cede su lugar de amo del sexo.

Evidencia: el "hombre", "el masculino", en el acto al que fue convocado para ser más viril que nunca es cuando al final pierde su masculinidad. Contradicción: ¿Por qué la "mujer" del discurso de la "sexualidad" no debe gozar ni de su fascinación? ¿Habría que de-poner esas suposiciones acerca del sexo para re-posicionarnos en el terreno de la búsqueda del goce?

Los tropos son como los trucos, y la sexualidad utilizó dos para mordernos. Dumarsais citado por Foucault (1999) en su obra *Raymond Rousel*, nos comenta que: "ha sido menester utilizar las mismas palabras para usos diversos, se ha observado que este admirable expediente podía dar al discurso más energía y atractivo;

y no se ha dejado de convertirlo en juego, en placer. Es así que, por necesidad y por elección, las palabras se apartan a veces de su sentido primitivo para adquirir uno nuevo que se aleja más o menos del primero, pero que con el cual tienen más o menos relación. Este nuevo sentido de las palabras se llama sentido tropológico y esta conversión, este rodeo que lo produce recibe el nombre de tropo" (p. 27). Los que a nosotros nos ocupan se llaman "masculinidad" y "femineidad", y su juego radica en hacernos pensar que el hombre es omnipotente porque esa condición se la da su genitalidad, aunque no esté en erección -si algo hay que tener son pelotas para esto o lo otro: voz popular-. La "masculinidad", de un asunto de posición de la penetración deviene en un estatuto de posesión de un saber sobre la penetración. El "hombre" se sabe poseedor de una capacidad porque dice tener el instrumento. La "mujer" se sabe "femenina" en función de una espera (pasividad) normativizada por las prácticas sociales, en donde el varón es, incluso, el agente del cortejo.

Para avanzar un tanto en la comprensión de esa conversión tropológica vislumbremos la versatilidad del falo en tanto significante, pues como lo menciona Allouch (Ibidem) "[...] no es solamente lo que se presenta, en su magnificencia, en la forma del pene en erección, puede ser un látigo, un niño, mil cosas más, mediante las cuales la anatomía mujer puede perfectamente funcionar como falófora (portadora del falo)" (p. 207). Y si nos apegamos al sentido griego de la "masculinidad", el falóforo(a) como activista de su deseo ponderaría este papel.



«Mellon collie and the infinite sadness»  
The Smashing Pumpkins

Ahora, ¿quién no promueve su deseo?, y además, ¿quién no ha sido alguna vez objeto causa de deseo, aún cuando intente evitarlo? A propósito del objeto causa de deseo, ¿no es acaso su estatuto de pasividad misma, en tanto inerte a la mirada, la que permite al ser deseante (el activista) que pueda tender tantas expectativas como es posible?

El discurso sexual expulsa la posibilidad de que en un individuo cohabiten los significantes "masculino" y "femenino", pues los tropos a manera de topos, han oradado el primer sentido de los términos, que contradictoriamente sutura en el lenguaje ese agujero en lo sexual. J. Allouch (Ibidem) lo planteó de esta forma: "no hay amo del sexo ni tampoco sexo del amo" (p. 50).

### Conveniencias de un replanteamiento

En una reflexión que Judith Butler (en Halperin, 2000) nos comparte, hace alusión a un punto demasiado interesante. Al cuestionar la naturalidad que promueve la heterosexualidad en el terreno de la norma y poniendo como ejemplo el travestismo, ella nos comenta que éste "[...] no es un montaje de un género que en realidad pertenece a algún otro grupo, es decir, un acto de expropiación o apropiación que asume que el género es propiedad legítima del sexo, que 'lo masculino' pertenece al 'varón' y lo 'femenino' a la 'mujer'". Y continúa diciendo que: "No hay un género 'propio' de un sexo más que de otro, por eso es que en cierto sentido el sexo es una propiedad cultural. Allí donde opera la noción de 'propio', lo hace siempre impropriamente instalada como el efecto de un sistema coercitivo" (p. 98).

En este sentido los "estudios gay y lesbianos" a través de esta colaboradora, han hecho evidente el engaño discursivo.

Pero por otro lado si en psicoanálisis, de algunos años a la fecha, se intenta replantear lo sexual en la teoría, ello no debe discernirse como una añoranza sobre los usos antiguos del sexo, ni tampoco imaginar la ausencia del conflicto psíquico por el ejercicio de ciertas prácticas sexuales y no de otras. Si algo debe cambiar para el psicoanálisis con los cuestionamientos a la "sexualidad" y las nuevas líneas de pensamiento que los "estudios gay y lesbianos" han puesto a girar, es irremediablemente en el campo de la clínica.

No es el caso, entonces, impulsar fervientemente la disolución del discurso sexual moderno, eso se convertiría en una nueva moral para dirigir al sexo y aun así bajo qué propuesta. Pero, ciertamente, el psicoanálisis no se coloca en la

misma posición habiendo identificado esos tropos de la moral cristiana fundamentalmente, que ignorando el hecho. En ese sentido la advertencia queda para los usos que al acto clínico competan en el debido momento de ausentarse de una pastoral psicoterapéutica.

La práctica psicoanalítica advertida de la inexistencia de esos sentidos unidireccionales de lo "masculino" y lo "femenino", queda convocada a intervenir en el estallamiento de la su-posición de un saber que el "hombre" y la "mujer" tienen acerca de su sexo, de su goce y de su deseo. Si el mito de la heterosexualidad es insostenible, como Lacan lo demostró y Allouch lo hizo público, no se puede continuar suponiendo al sujeto en la alteridad de un par de genitales diferenciados exclusivamente por su naturaleza biológica. Para el psicoanálisis el falo (objeto petit a) se constituye en la evidencia y la denuncia de este cuento discursivo que conocemos por "sexualidad".

### Bibliografía

- Allouch, J. (1999). *El sexo del Amo*. En Revista Litoral No. 27. Argentina: Edelp.
- Foucault, M. (1991). *Saber y Verdad*. España: La Piqueta.
- Foucault, M. (1999). *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*, T. 2. México: Siglo XXI.
- Halperin, D. et. al. (1990). *Before Sexuality*. EE.UU.: Princeton University.
- Halperin, D. et. al. (2000). *Grañas de Eros. Historia, género e identidades sexuales*. Argentina: Cuadernos de Litoral, Edelp.
- Quignard, P. (2000). *El sexo y el espanto*. Argentina: Cuadernos de Litoral.
- Winkler, J. (1994). *Las coacciones del deseo*. Argentina: Manantial.



«Mellon collie and the infinite sadness»  
The Smashing Pumpkins